

A black and white photograph of Hannah Arendt, looking slightly to the right with a thoughtful expression. She is wearing a dark, high-collared jacket with a button. Her hand is resting on a light-colored surface in the foreground, wearing a watch and a ring.

Laure
Adler

Hannah Arendt

Una biografía

Ariel | GRANDES
FILÓSOFOS

Laure
Adler

Hannah Arendt

Una biografía

Traducción de Isabel Margelí

Título original: *Dans les pas de Hannah Arendt*

Primera edición: marzo de 2019

© 2005, Laure Adler
© 2005, Éditions Gallimard
© 2006, Isabel Margelí, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2019, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2995-6
Depósito legal: B. 4.846-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Introducción	13
I. La niña de la fiebre	19
II. La joven forastera	36
III. Sombría	54
IV. Estudiante antinazi	78
V. Exiliada	122
VI. Paria	153
VII. Periodista	173
VIII. Antisionista	201
IX. Militante política	236
X. Primer regreso a Europa	257
XI. Pensar el totalitarismo	277
XII. Radical	296
XIII. Devoradora de libros	333
XIV. Enviada especial	359
XV. Polémica	385
XVI. Atrapada	412
XVII. Fiel a la realidad	429
XVIII. Filósofa	440
XIX. Sola	463
XX. Profunda	476
Agradecimientos	503
ANEXOS	
Notas	509
Bibliografía	569
Índice de personas citadas	571

I

LA NIÑA DE LA FIEBRE

Hannover, Baja Sajonia, enero de 2004. El avión sobrevuela la ciudad cercada por los bucles del Leine, mientras unos caballos galopan por praderas de un verde tierno iluminado por el sol invernal. El contraste con el descubrimiento de la ciudad será aún más brutal. Una calle comercial larga y peatonal, una sucesión de edificios de hormigón, de bancos y de agencias de bolsa. La ciudad natal de Hannah Arendt, donde Leibniz se estableció desde 1676 como bibliotecario e historiador en la corte del ducado, fue destruida por los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.¹ Hannah Arendt nació en 1906 en Linden, un barrio periférico de una ciudad que fue arrasada. ¿Fue éste el motivo por el que nunca quiso regresar a su lugar de nacimiento durante sus numerosas estancias en la República Federal de Alemania después de diciembre de 1949? Pasó su infancia (a partir de los dos años) y su adolescencia en otra ciudad, la de Kant, también destruida: Königsberg, por entonces en la Prusia oriental y hoy llamada Kaliningrado.

Hannover la recuerda. Una calle y una escuela llevan su nombre. Cada año, la universidad organiza unas «Jornadas Hannah Arendt», durante las cuales acuden filósofos de todo el mundo para comentar su obra. En el primer piso de la biblioteca municipal de la ciudad se acaba de inaugurar una estancia dedicada a ella, con objetos personales como su cartera de cuero marrón con sus iniciales en dorado, sus bolígrafos, sus diplomas y condecoraciones (protegidos bajo un cristal vemos el premio de la Universidad de Copenhague, el premio Sigmund Freud, el certificado de la Academia de Darmstadt o la me-

dalla de la Universidad de Chicago) y todos sus libros traducidos al alemán. ¡Qué ironía del destino para una mujer a quien no gustaban los signos de reconocimiento ostentosos!

En un café del corazón del barrio peatonal, los profesores Detlef Horster y Peter Brokmeier me hablan del interés de los estudiantes por Hannah Arendt. El primero, nacido en 1942, es profesor de filosofía moral, y el segundo, nacido en 1935, de ciencias políticas. Actualmente, ambos dan clases sobre Hannah Arendt. Brokmeier recuerda que, en el Berlín occidental de finales de los años sesenta, tenía una reputación endiablada: «Perteneíamos a un grupo de la izquierda radical y, después de ignorarla largo tiempo, aunque sus obras tampoco se encontraban en las estanterías de la biblioteca de la universidad donde yo trabajaba, sentí deseos de saber qué decía aquella mujer de la que tan mal hablaban mis camaradas. Me habían contado que ponía el comunismo y el nazismo en el mismo plano. Y añadían que confundía todos los valores y que era una ideóloga peligrosa. A fuerza de oír hablar mal de ella, me sentí atraído y quise buscar la fuente. Encontré su obra *Los orígenes del totalitarismo*. Enseguida dejé de leerlo. Estaba escandalizado. Me llevó mucho tiempo y un largo rodeo por la historia de las ideas políticas poder retomarlos. Mi incompreensión no se debía a Hannah Arendt sino a mis prejuicios marxistas. Yo había investigado durante mucho tiempo cómo se podía dotar de sentido al marxismo. Había comprendido que era difícil. Hasta el día en que supe que era imposible. Gracias a Hannah Arendt. Fue justo antes de la caída del Muro».

La obra es perturbadora; tan fuerte, que puede cambiar nuestra visión del mundo, hacer que evolucionen nuestras tomas de posición, abrir puertas, dar un impulso. También es inaprensible. En movimiento permanente, el pensamiento de Arendt nunca permite ser reducido a una opinión, categoría o ideología. No se deja encerrar en una adhesión política. Ella misma trató de redefinir y circunscribir qué es la política. En 1950 escribió: «La política descansa sobre un hecho: la pluralidad humana. [...] el hombre es apolítico. La política nace en el *espacio-que-está-entre-los-hombres*, y por lo tanto en algo fundamentalmente *exterior-al-hombre*. Por lo tanto no existe una sustancia verdaderamente política». ² No le preocupaban demasiado las etiquetas de derechas e izquierdas y aparentaba burlarse de ello. ¿Qué la preocupaba? Poder pensar en total libertad, alimentarse de lecturas hasta sentirse mareada, como atestigua la habitación que le han dedicado en la biblioteca de Hannover.

En los estantes, numerosos volúmenes, algunas cartas, el ejemplar original de su libro *Eichmann en Jerusalén*, minuciosamente anotado, corregido al mismo tiempo en alemán y en inglés en más de un tercio del texto, prueba, si hacía falta alguna, de que tenía en cuenta ciertas críticas que se le dirigieron, y comprobaciones a las que se entregó tras la tormenta de odio que desencadenó el texto.

Fue durante el proceso Eichmann, en la primavera de 1961, cuando el joven Horster oyó hablar de Hannah Arendt por primera vez. A raíz del proceso averigua, me dice, la existencia de los campos de concentración. Conmocionado, desea conocer el motivo del silencio de su familia: «Le pregunté a mi madre: “¿Por qué nunca me hablaste de ello?”. Y me respondió, gritando: “En esta casa nunca se hablará de eso”. Al día siguiente, mi abuela, triunfante, me dijo que, durante el proceso, una periodista norteamericana llamada Hannah Arendt acababa de explicar que los propios judíos eran culpables. “Por fin una mujer que dice la verdad.”». Aquel día, Horster también averiguó que su madre y su abuela habían pertenecido al partido nazi.

Linden, lugar de nacimiento de Hannah, es en la actualidad un suburbio cercano a Hannover. Antes de la Primera Guerra Mundial, Linden era un pueblo grande de más de veinte mil habitantes donde vivía una población obrera. Hoy en día, Linden se ha convertido en un barrio elegante, algo bohemio y algo burgués, donde la frescura de las frutas y verduras que crecen sin abono alterna con las galerías de arte contemporáneo. Linden se salvó durante la guerra y el edificio burgués de la década de 1880 donde nació Hannah, en la pequeña plaza del mercado, no ha sido reformado. Hay una placa conmemorativa colgada, pero aquí nadie sabe quién es Hannah. Me hago una idea de cómo era el barrio en la época de su nacimiento interrogando al farmacéutico que ocupa la planta baja del inmueble. Desaparece en la trastienda y vuelve con una foto color sepia del edificio a principios de siglo. Excepto los coches de caballos y la arquitectura rococó del quiosco de periódicos, nada ha cambiado en este entorno apacible y pequeño burgués donde Hannah vivió sus dos primeros años.

De su padre, Paul Arendt, se sabe que trabajó en la fábrica de maquinaria agrícola de Linden.³ Había abandonado su ciudad natal de Königsberg para trasladarse a Berlín, donde vivió durante los primeros años de su matrimonio. Paul había realizado sus estudios en la Albertina, la prestigiosa universidad de Königsberg, donde se graduó. Único barón, tenía una hermana, Henriette, que Max había tenido

de su primera esposa, Johanna. Al morir ésta, Max se había casado con su hermana, Klara, famosa por su mal carácter, su intolerancia y su arrogancia. Tal vez fue para huir de esta madrastra, que era también su tía, por lo que Paul le propuso a su joven esposa, Martha, que abandonaran el ambiente, sin duda protector, ilustrado y cultivado, aunque opresivo, de su propia familia, para irse a vivir a Linden. Martha también había nacido en Königsberg. Su padre, Jacob Cohn, nacido en 1830 en la actual Lituania, había emigrado en 1852 y, cuando Königsberg se estaba convirtiendo en un importante centro para el comercio del té, había abierto allí una empresa de importación. Jacob demostró tener un talento comercial indudable al optar por la importación de los tés rusos más que de los ingleses, que hasta el momento detentaban una buena posición en el mercado. Fue así como la empresa J. N. Cohn se convirtió en la primera compañía de té de la ciudad. Su madre, Fanny Spiero, era una emigrante rusa a la que Jacob desposó en segundas nupcias. Éste tuvo tres hijos de su primer matrimonio y cuatro con Fanny. Toda una prole. Al morir en 1906, dejó a la abuela de Hannah y a sus siete hijos un capital importante. Fanny hablaba alemán con un marcado acento ruso. En las pocas fotografías del álbum familiar que Edna, la sobrina de Hannah, me permitió hojear, aparece vestida con pesados atuendos eslavos. Martha tiene el aspecto de una joven sólida e íntegra, con los pies en el suelo. No sonrío, y hasta parece demasiado seria. A su lado está Fanny. La abuela y la madre de Hannah estaban muy unidas y así fue siempre. Ambas perdieron a sus maridos siendo jóvenes. La viudedad las aproximó. La familia de Hannah presenta, en más de un aspecto, visos de clan matriarcal. Entre las mujeres, cierran filas ante la adversidad, viven juntas, salen de vacaciones, lo comparten todo. Hannah heredará el carácter de su madre: valerosa, ferozmente independiente, orgullosa, incapaz de mentir, en ocasiones a riesgo de contrariar, y carente de temor ante nada ni nadie.

«Temperamento muy vivo»

Hannah, Johannah en el registro civil, nace en su casa, como es costumbre en la época, el domingo 14 de octubre de 1906, a las 21.30 horas, tras veintidós horas de contracciones. La madre, en un cuaderno que lleva el título de *Unser Kind*, nuestra hija, conservado en los Archivos Arendt, en la biblioteca del Congreso, en Washington, transcribió con todo detalle la evolución del bebé a partir del 3 de di-

ciembre de 1906. Aquel diario, una especie de cuaderno de escuela, es un documento manuscrito en el que Martha anotaba la evolución física y psicológica de su hija. Acompañó a Martha a Estados Unidos y Hannah Arendt lo conservó con sumo cuidado. A Hannah, desde sus primeras semanas, la afectan los eccemas. Su madre le encuentra no pocos defectos: manos y pies demasiado grandes, una voz ronca, una cierta excitación...

Hannah duerme de un tirón desde su nacimiento. Ya adulta, conservará el placer del sueño reparador. Sonríe a la sexta semana y «resplandece» desde la séptima. A la madre le encanta esa palabra. Hannah, ya de muy pequeña, manifiesta sus emociones: ríe ante las canciones alegres y llora ante las sentimentales. La madre anota que tiene necesidad de los demás: «No le gusta estar sola».

A los once meses, Hannah canturrea mucho con una voz fuerte. A los doce, adora quedarse al lado del piano, escuchar y cantar. A los quince meses —realmente temprano— sabe responder a la pregunta «¿Quién eres tú?». A los dos años y medio la toman por una niña de cuatro. Tiene un temperamento muy vivo y muy alegre y una curiosidad enorme. La madre anota cuánto le gusta a la pequeña, «muy dulce», acurrucarse contra ella.

En 1909, la familia se traslada de Linden a Königsberg. En ese tiempo, la ciudad ha cambiado de nombre, de población y de configuración: desde 1946, fecha de la anexión de una parte de Prusia oriental por la Unión Soviética, se llama Kaliningrado, en honor a Kalinin, antiguo presidente de la URSS. Hoy en día es un enclave ruso cercado por Polonia y Lituania, países miembros de la Unión Europea. Hannah nunca pudo regresar al lugar donde pasó su infancia y adolescencia, pues la ciudad, a orillas del mar Báltico y convertida en un importante puerto militar, estaba prohibida a los extranjeros. Hay que ir al Instituto de Historia alemán y consultar viejos álbumes fotográficos y libros de historia de la ciudad para tratar de imaginarse el ambiente de la urbe provinciana y apacible que fue Königsberg en tiempos de la joven Hannah. En uno de esos libros con ilustraciones, un pintor dominical immortalizó una escena en una calle de la ciudad a principios de siglo. Hace buen tiempo. Es verano. Las mujeres llevan faldas largas, blusas con encaje y grandes cofias. Los hombres van todos en traje y con sombrero. En la terraza de un café, una madre y su hija se han echado la cofia sobre la nuca pero se han dejado los guantes puestos. La madre observa a los transeúntes mientras la hija lee el periódico.

En Essen, en Renania-Westfalia, en casa de Edna, la sobrina de

Hannah, encuentro en una caja una fotografía de la pequeña dándose la vuelta en el regazo de su abuelo Max, que la adoraba: en el patio que había delante de la casa, Hannah sonrío al objetivo en los brazos del anciano. A Martha no le gusta separarse de su hija. El 19 de febrero de 1911, escribe: «Hannah soporta muy bien el invierno. [...] Temperamento: muy vivo, se interesa por todo lo que la rodea. No le interesan nada las muñecas [...]. A sus cuatro años, es tan alta y robusta que la toman por una niña que ya va a la escuela».⁴

«Tiene un hermoso cabello largo. Es guapa y tiene buena salud. Canta mucho, casi con pasión, aunque desafina en muchas notas [...]. No le veo ningún talento artístico ni ninguna habilidad manual; en cambio, sí una precocidad intelectual y quizás una capacidad especial, como por ejemplo el sentido de la orientación, la memoria y un agudo sentido de la observación. Pero ante todo, un enorme interés por las letras y los libros...»⁵

Martha y Paul llegan a Königsberg en 1910 debido a la enfermedad de éste, que muy pronto le impedirá trabajar. En el cuaderno de la madre nunca se concreta el nombre de la enfermedad, y la razón es que resulta vergonzosa. El clan familiar, tanto por el lado del padre como por el de la madre, se esforzará en ayudar a esa joven mujer que se ve obligada a cuidar de su marido día y noche.

Ambas familias son judías liberales, económicamente desahogadas y cultas. Martha, al igual que la mayoría de las mujeres de su clase y generación, había estudiado en su casa, con un preceptor, y luego se había ido a Francia para estudiar música y lengua durante tres años. Le apasionaban las nuevas teorías sobre la educación que preconizaban el respeto al individualismo de los niños en lugar de aplastar su personalidad mediante la obediencia. Se relacionaba con un grupo de mujeres que habían abierto un nuevo tipo de jardines de infancia y escuelas elementales. Sin duda es éste el motivo por el que decide mantener un diario íntimo sobre su hija, un auténtico registro de los primeros años de aquella a quien considera, ya desde su tierna infancia, como una persona completa.

Martha, al igual que su marido, es más culta y más comprometida que sus propios padres. Ambos, convertidos al socialismo desde su juventud, comulgan con el ideal de un mundo más igualitario y se adhieren a un partido todavía ilegal en Alemania. Paul y Martha viven en el fervor del alimento intelectual. Hannah mencionará hasta el final de su vida su deuda con su padre, que le permitía tocar los libros de su biblioteca, entre ellos clásicos griegos y latinos.⁶ La niña no tiene ninguna dificultad para aprender a leer. La madre se da cuenta,

cuando la lleva a un jardín de infancia, de que ha aprendido a leer letras y palabras por sí sola, en casa. Se pasa el rato imitando a su institutriz, cosa que no disgusta nada a Martha.

Niña precoz y con talento, debe soportar el aislamiento causado por la enfermedad de su padre. En el verano de sus cuatro años, a Hannah la dejan a cargo de sus abuelos, que se la llevan al mar. Cuando regresa a casa, la enfermedad del padre ha avanzado. «Es dulce y amable con su padre enfermo. Como una madre pequeña.»⁷ Martha, abrumada, percibe cómo la niña observa y vive en su carne los terribles momentos que debe soportar su padre ante la evolución de la enfermedad. Paul le había confesado a Martha, antes de que se casaran en 1902, una sífilis contraída durante su juventud. Después de seguir un tratamiento previo a la boda, mediante provocación de una fiebre palúdica, los médicos lo consideraron curado. Puesto que no había reaparecido ningún síntoma y Martha no se había contagiado, corrieron el riesgo de tener un hijo. Pero dos años y medio después del nacimiento de Hannah, Paul tiene que ser hospitalizado en la clínica de la universidad de Königsberg. A partir de entonces, su estado no hace más que empeorar. La sífilis desencadena ciclos sucesivos de trastornos, primero con la aparición de lesiones cutáneas y luego, poco a poco, con síntomas neurológicos graves. Es un solitario trío padre-madre-hija. Él vive, recluido en la casa, ese mal que no se puede mencionar, un hermetismo que debió de ser muy duro para la pequeña. Parálisis general, problemas psicológicos, deficiencia intelectual, ramalazos de delirio... «La niña es buena y paciente con él», anota la madre. Juega a cartas con su padre y no permite que su madre le hable con dureza, aunque «a veces desea que no esté». Reza por él día y noche, sin que nadie se lo haya enseñado.

«La libertad se paga cara. La humanidad judía en concreto, bajo el signo de la pérdida del mundo, era algo muy hermoso. [...] Era muy hermoso poder mantenerse al margen de toda relación social, al igual que aquella ausencia total de prejuicios que experimenté de una forma tan intensa, precisamente junto a mi madre, que la practicaba igualmente frente a la sociedad judía. [...] No fue en mi casa donde averigüé que yo era judía»,⁸ le dirá Hannah a Gunter Gaus el 28 de octubre de 1964 en el segundo canal de televisión alemán, evocando aquel periodo de su infancia. Su madre es completamente irreligiosa y su padre también. La joven pareja dan libertad a los abuelos para que lleven a Hannah a la sinagoga y para que frecuenten con asiduidad a Hermann Vogelstein, rabino de Königsberg, intelectual in-

fluyente, autor de numerosos libros sobre historia judía, miembro del partido socialdemócrata, judío alemán, alemán y judío y orgulloso de serlo.

«Mi abuelo era presidente del consejo municipal liberal y consejero municipal de Königsberg. No obstante, la palabra “judío” nunca fue pronunciada entre nosotros en la época en que yo era una niña.»⁹ Hannah adora a su abuelo paterno, Max, miembro de la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Confesión Judía, el *Zentralverein deutscher Staatsbürger jüdischen Glaubens*, que defiende la promoción de la igualdad frente a la ascensión del antisemitismo.

Max Arendt, personalidad influyente en la ciudad, conocido por la vehemencia con que promueve la integración de los judíos en el Estado alemán, sin por ello ceder a los cantos de sirena de la asimilación, se opone al sionismo, responsable, según él, de querer separar a los judíos de la comunidad nacional. «Consideraré un criminal a quien cuestione mi germanismo»,¹⁰ le gusta repetir.

Max quiere a Hannah y le hace compartir sus emociones y su estilo de vida. La relación de Hannah con su origen judío pasa en primer lugar por el abuelo, y creo que al principio fue armoniosa, luminosa y evidente. No estaba constituida por el aprendizaje de los textos talmúdicos o las lecturas de la Biblia, sino por el sabor azucarado de la repostería del sabbat, por los cantos que la pequeña oía en la sinagoga, por las conversaciones del rabino Vogelstein, que a menudo iba a cenar a casa del abuelo, por el delicioso aroma del *gefilte Fisch*, que su madre preparaba para la fiesta de Pesah. Este cúmulo de sensaciones y emociones dulces y agradables constituyó un tejido matricial que la envolvió durante toda la vida en lo más íntimo de su ser.

Virgilio, que tanto le gustaba a Hannah y a quien leería hasta el final de su vida, escribió que un niño que no le sonríe a su madre no comparte la mesa del dios ni el lecho de la diosa.¹¹ Hannah, de niña, le sonrió a su abuelo, que la reconoció, la distinguió y la protegió. Para él, ser judío no constituía un signo de distinción. Ser judío era una evidencia. Viviendo en medio de dos clanes enfrentados, el de los judíos ortodoxos y el de los no ortodoxos, sólo sentía compasión y desprecio por quienes agraviaban a sus propios orígenes convirtiéndose al catolicismo, y recelo e ironía frente a las tesis de Theodor Herzl.

La relación de Hannah con el judaísmo constituirá el hilo conductor de su vida, tanto personal como intelectual. «Fue a través de reflexiones antisemitas proferidas en la calle por unos niños y que no

vale la pena transcribir, como se me reveló esa palabra por primera vez. A partir de aquel momento, fui, por así decirlo, una “iluminada”.¹² Es judía a los ojos de los demás. Se acepta como judía desde su infancia, sin patetismo: «Me decía: muy bien, es así y basta».¹³ El tiempo pondrá a prueba esta certeza.

Max desea proporcionarle algunos elementos de instrucción religiosa en el momento de su ingreso en la escuela primaria y le pide a su amigo, el rabino Vogelstein, que venga a hacerle lecturas comentadas de la Biblia varias veces por semana. Ella le declara un día: «Yo ya no creo en Dios». «¿Y quién te lo pide?», le responde Vogelstein.¹⁴

«La cuestión judía no tuvo ningún papel para mi madre —confirmará Hannah—. Evidentemente, era judía y jamás me habría bautizado. Supongo que me habría asestado un par de bofetadas de haber descubierto alguna vez que yo había renegado de mi judaísmo. [...] piensen que todos los niños judíos se toparon con el antisemitismo y éste envenenó las almas de muchas criaturas, pero la diferencia en mi casa consistía en que mi madre siempre adoptaba el siguiente punto de vista: ¡No se debe agachar la cabeza! Hay que defenderse.»¹⁵ En varias ocasiones, Hannah se va de la escuela al ser insultada por determinados profesores. La madre va a quejarse al director. No hay consecuencias. Es una cuestión banal. Una cuestión rápidamente olvidada en aquellos tiempos antisemitas.

La salud del padre empeora. Las fotografías muestran a un hombre elegante y bien arreglado, de mirada melancólica. Sus pérdidas de memoria se multiplican y pronuncia frases incomprensibles. Un día, durante un paseo con su hija por unos jardines públicos, se desploma. Los síntomas se agravan. En verano de 1911, Martha se ve obligada a ingresar a su marido en el hospital psiquiátrico de Königsberg y luego se lleva a su hija al balneario de Neukuhren, en la costa báltica, en casa de los Cohn, donde muy pronto cae enferma. El doctor diagnostica una arritmia cardiaca. Es del corazón, efectivamente, de donde le viene su debilidad a la pequeña. La piedra cae del corazón. «La piedra cae a menudo del corazón. El corazón es un órgano extraño; solamente cuando se rompe empieza a latir a su propio ritmo. Cuando no está roto, se petrifica», anotará Hannah en enero de 1954 en su *Diario filosófico*.¹⁶ Hannah tiene problemas de corazón, pero no le puede confesar su sufrimiento a su madre.

Las visitas al padre se reducen al domingo. Hannah confesó que la madre no siempre tuvo el valor de ir a visitarle, por lo mucho que el hombre había perdido la cabeza, y que ella intentaba conven-

cerla. Parece ser que Hannah aguantó viendo a su padre hasta el final de su calvario, los dos solos, sin su madre, en la habitación de aquel hombre que ya no la reconocía.¹⁷

Los primos, los abuelos, el rabino y sobre todo las atenciones permanentes de la madre continúan, mal que bien, formando un caparazón para Hannah.

En 1913, todavía no ha cumplido los siete años cuando mueren sucesivamente su abuelo, en marzo, y su padre, en octubre. Curiosamente, sus muertes no parecen afectarla. Al morir su abuelo, Hannah, enferma de paperas, muestra, como señala su madre en su cuaderno, «un vivo interés por las hermosas flores» y la ceremonia funeraria. Observa el cortejo desde la ventana y se siente muy orgullosa de ver que tantas personas acompañan el féretro.¹⁸

Vuelve al colegio en agosto de 1913, en una institución pedagógica abierta que la madre, una apasionada de las nuevas teorías sobre psicología infantil, conoce bien. Le gustan sus maestras, especialmente las señoritas Stern y Sander, por las que experimenta una especie de exaltación. Aprende muy deprisa. En octubre muere el padre. La pequeña le pregunta a su madre:

—Mamá, ¿conociste al padre de tu madre?

—Sí.

—¿Conociste al padre de tu padre?

—No.

—¿Le conoció tu padre?

—Supongo que sí.

—Lo dices por decir.

—Si ahora nace un niño en nuestra casa, ya no conocerá a su padre.¹⁹

Se muestra más preocupada por cuidar de su madre que por ceder a su propio dolor. Martha, inquieta ante su falta de reacción, anota en su cuaderno: «Entiende esta muerte como algo que es triste para mí. Ella no está afectada. Para consolarme me dice: “Piensa, mamá, que esto les pasa a muchas mujeres”». ²⁰ Hannah permanece junto a su madre durante el entierro. Fijémonos en el coraje de Martha, que no le impide a su hija que asista a la ceremonia. Hannah llora en la sinagoga.

Pero posteriormente, habla tan poco de él que la madre se preocupa. Hannah ya le había respondido, a propósito de la muerte de su abuelo: «Hay que pensar lo menos posible en las cosas tristes, porque no tiene sentido ponerse triste». Hannah simula no estarlo para pro-

teger a su madre. Al recordar su séptimo año, escribirá en su *Diario filosófico*: «Deseé efectivamente no tener que seguir viviendo, pero sin preguntarme jamás por el sentido de la vida».²¹

¿Adónde se había ido su padre? ¿Hay una vida después de la muerte? ¿Existe Dios? La muerte de su padre fue para Hannah una revelación tanto como una revolución, pues comenzó a pensar en Dios. Esta opresión no aflojará y es leyendo filosofía como Hannah calmará sus futuros sufrimientos existenciales y sus deseos de apaciguarlos. «Desde mi séptimo año, si, a decir verdad, siempre he pensado en Dios, jamás, por contra, he meditado sobre Él.»²²

En la primavera de 1913, la madre deja Königsberg para trasladarse a París y se separa de su hija durante diez semanas. ¡Una eternidad! En la escalera de entrada a la residencia de la abuela, la pequeña increpa a su madre: «No se puede separar a una hija de su madre». Martha anotará en su diario, como para tranquilizarse: «Parece ser que me echa un poco en falta». Cuando apenas ha regresado, le anuncia que tiene que volver a marcharse. La segunda separación es en la primavera de 1914. Esta vez, Martha parte hacia Karlsbad, Viena y luego Inglaterra.²³ Según la abuela, Klara, Hannah lo pasa muy mal debido a su ausencia. Una prima de Hannah, Nadja, muere repentinamente, siendo muy joven. Hannah, a su vez, cae enferma y guarda cama. Luego, al cabo de una semana, como un soldadito que siempre vuelve a levantarse, se va de vacaciones a Neukuhren con su madre y se alojan en un hotel a orillas del mar, cerca de la casa de los abuelos. Aparentemente, todo va bien. Ocho días más tarde estalla la guerra.

En *Agosto 1914*,²⁴ Aleksandr Solzhenitsyn describe de forma admirable el inicio de los combates en aquella zona de la Prusia oriental. El 1 de agosto, Alemania declara la guerra a Rusia. El 2 de agosto, el ejército ruso se pone en marcha y el 6 cruza la frontera. Hay combates en Mazurie, al sur de Königsberg. Tropas desorganizadas atraviesan una región abandonada. Arden los almiarés y las columnas avanzan bajo un sol agobiante. De los combates, madre e hija sólo oyen sordos rugidos y ven en las calles de Königsberg interminables hileras de heridos, a pie o en coche. Intentan huir, pero es en vano. Columnas de cascos puntiagudos y cadáveres apilados en la ciudad. El 14 de agosto, el zar Nicolás II da la orden de despejar lo más rápido posible, y al precio que sea, la ruta a Berlín, para ir a socorrer al frente occidental donde los alemanes amenazan París. Su prioridad sigue

siendo la destrucción del ejército alemán. Madre e hija, que han vuelto de Neukuhren «con una precipitación próxima al pánico»,²⁵ viven pendientes de las noticias del frente. Los rusos se aproximan a Königsberg. El 23 de agosto, Martha decide marcharse a Berlín, a casa de su hermana Margarethe, sin saber si podrán regresar algún día. En el tren, los refugiados se hacinan en medio de los heridos. Hannah y su madre pasarán días y noches atravesando paisajes de campos incendiados, con un fuerte olor a quemado, e intercambiando relatos terroríficos sobre los abusos de los soldados rusos. Asisten y ven la vergüenza de los prisioneros enjaezados en el lugar de los caballos para arrastrar cañones o las grandes carretas donde, en vez del heno, se amontonan los muertos. Prisioneros agotados y famélicos que las miran con aire afligido y extraviado. Caballos destripados. Un manto negro cubre el mundo. La madre intenta calmar a la pequeña: «Ya hemos pasado por numerosas luchas internas y momentos difíciles»,²⁶ anota sobriamente, empleando por primera vez la segunda persona del plural. Las dos, pues. Hannah, a pesar de su corta edad, ya no es la niña pequeña, sino la compañera de infortunio de su madre. Desde ahora, se protegerán la una a la otra.

En Berlín, la hermana de Martha las recibe con los brazos abiertos. Hannah podrá continuar sus estudios en un colegio de Charlottenburg, en un centro para chicas donde es bien acogida y se adapta rápidamente. Manifiesta un gran interés por su escolarización pero siente nostalgia de Königsberg, adonde regresarán diez semanas más tarde.

En Königsberg, donde la vida ha vuelto a la normalidad a pesar de la guerra que continúa tanto en el Oeste como en el Este, la existencia de Hannah se desarrolla como una pesadilla. Cae enferma sin cesar. Su madre la llama «la niña de la fiebre»,²⁷ pues pasa de una enfermedad a otra. Desde los nueve años de edad, aparece una intensa angustia. «Una época horrible, llena de temores y preocupaciones.» La madre se marcha de nuevo. Diez semanas de ausencia incrementan su soledad y su nerviosismo. Hannah no soporta la separación. Las relaciones entre madre e hija se vuelven tensas. «Se ha vuelto impertinente y maleducada. A menudo tengo la impresión de que ya no la domino, cosa que me atormenta mucho. Tal vez yo sea demasiado buena y demasiado indulgente o al contrario, y nunca el punto justo; he decidido controlar menos y dejar que todo fluya más.»²⁸ La madre se siente culpable del sufrimiento de su hija y se adivina que se deja desbordar por ella. Admite que ella misma tuvo una infancia y una adolescencia difíciles. De una sensibilidad dolorosa y un tempera-

mento solitario, teme que se repitan los sufrimientos que ella experimentó: «[...] Me preocupa seriamente. Es de una sensibilidad psicológica extrema y sufre a causa de cualquier persona con la que tiene alguna relación. [...] Pero no se puede apartar a nadie de su destino. ¿Por qué no se parecerá a su padre? Los Arendt son mucho más sólidos en sus sentimientos y consiguen dominar mejor su vida que las personas de nuestro tipo».²⁹ Dolores de cabeza, hemorragias nasales, fiebres repentinas... el cuerpo de Hannah sufre permanentemente. A Martha le preocupa su salud. ¿Acaso le da miedo que su hija haya heredado el mal del padre? Parece robusta, pero en realidad es de una delgadez preocupante a pesar de su buen apetito. En cuanto a la escuela, Hannah, no obstante sus ausencias reiteradas, sigue siendo la mejor alumna de la clase. Es un círculo vicioso. Sus enfermedades impiden que se desarrolle su sociabilidad y su soledad forzada aumenta su angustia.

El coraje hecho mujer

En el transcurso del verano de 1916, Hannah se entera a orillas del mar de la muerte de su tío materno Rafael, que sucumbió a la disentería en el frente oriental. La noticia la altera, cuanto más que acababa de pasar una semana con él. Es el cuarto fallecimiento en dos años dentro de su universo familiar, cuando todavía no cuenta diez años de edad. La vida cotidiana en Königsberg, lejos del frente durante la guerra, deja espacio para las actividades normales: títeres y marionetas, teatro, pequeños oasis de la vida que poco aprovecha Hannah la recluida, la enfermiza, mientras intenta hacer bajar sus fiebres permanentes con suero para caballos. La madre la cura, la protege, ejerce el rol de enfermera y también de confidente. Anota en su cuaderno: «Las dos una vez más, reducidas a nosotras dos solas, pasamos unas semanas agradables y felices».³⁰ Hasta su muerte, Hannah irá a buscar refugio junto a ella como un animalito herido, y numerosos amigos atestiguan de hecho que, incluso después de los cuarenta años, Hannah iba a acurrucarse contra su madre permaneciendo, durante las conversaciones, hecha un ovillo en el suelo, de rodillas, veladas enteras.

Esta relación a dos se quebró por primera vez con la llegada de una estudiante de diecisiete años, Kaethe Fischer, a quien Martha alquila una habitación del apartamento. Las separan cinco años, pero esta recién llegada provoca su estímulo intelectual y agudiza su sentido de la polémica. Las dos chicas se pelean a menudo para, a continua-

ción, caer tiernamente la una en brazos de la otra. El dúo madre-hija se hace añicos. La guerra acentúa el compromiso político de Martha. El silencioso apartamento se transforma a partir de 1916 en punto de encuentro y lugar de discusiones políticas para los socialdemócratas. Martha, que hasta entonces había seguido los debates del ala reformista en el seno del grupo de Joseph Bloch, por entonces redactor del periódico berlinés *Sozialistischen Monatshefte*, se acerca a la visión más radical desarrollada por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

La popularidad de Rosa, que fue llevada ante los tribunales por incitar a los militares a la desobediencia, no deja de crecer. Sus mítines son seguidos por miles de personas que pronto verán en ella a una mártir y un símbolo. ¿Asistió Martha a alguna de estas asambleas? Su hija dirá que la madre quedó impresionada por el ardor, la firmeza y la fuerza de convicción de Rosa Luxemburgo, y recordará que Martha la había arrastrado a las primeras y entusiastas reuniones en su defensa.³¹ Sigue con pasión el desarrollo de los acontecimientos. El 4 de agosto de 1914, el grupo parlamentario del partido socialdemócrata había votado a favor de los créditos militares, a pesar de la fuerte oposición de su ala izquierda. Martha, al igual que determinados intelectuales y una parte de la juventud, continuará sintiéndose cercana a posiciones pacifistas y seguirá, de una forma exaltada y pasional, aquellos años de guerra a través de los artículos de Rosa Luxemburgo. Las divisiones internas y la marginación de la que fue víctima esta última en el seno de la socialdemocracia frecuentarán largo tiempo la visión política de Hannah, que vio en ella a una figura moral de una izquierda no corrompida y la encarnación del coraje hecho mujer.³²

El 18 de febrero de 1916, Rosa Luxemburgo sale de la cárcel rodeada de un millar de mujeres. Ella aprecia esta popularidad y confía en los acontecimientos. Participa en las reuniones para defender sus posiciones al tiempo que trabaja clandestinamente en la elaboración del programa espartaquista. «Abajo la guerra. Abajo el gobierno», grita en las manifestaciones y en los mítines. Considerada como una de las agitadoras más extremistas y más revolucionarias de la socialdemocracia, será detenida de nuevo en julio de 1916. Martha se siente cada vez más cercana a Rosa.

Hannah Arendt se verá marcada, a su vez, por las veladas políticas a las que asistió en compañía de su madre, así como por la figura de Rosa. No es Rosa la roja, sedienta de sangre —como pretendía la imagen propagandística que circulaba por los ambientes antisemitas

y reaccionarios—, sino Rosa la dulce, la que amaba los pájaros y las flores, Rosa la tierna, de quien los guardias de la prisión se despidieron con lágrimas en los ojos, como si no pudieran continuar viviendo sin ella; Rosa, la amiga fiel, que caló en su espíritu de niña.³³ Hannah admirará toda su vida a esta teórica sin par dotada de un juicio infalible sobre los individuos, a esta revolucionaria ejemplar, valerosa y franca, cuya «virilidad» no tiene parangón en la historia del socialismo alemán.³⁴ A aquella que se consideraba hecha para «criar ocas», Hannah la convertirá en una marxista tan poco ortodoxa que dudaba de que hubiera sido marxista sin más. Y retendrá que lo que más contaba en su concepción de lo político no era la ideología sino la realidad, «la realidad bajo todos sus aspectos, maravillosos y temibles, más aún que la revolución en sí misma».³⁵

Hannah tiene diez años cuando estalla en Rusia la revolución democrática de febrero. De Rosa Luxemburgo, recordará la teoría según la cual las revoluciones no las hace nadie, sino que estallan de forma espontánea, movidas por fuerzas que siempre vienen de abajo. También adoptará su rechazo categórico a ver en la guerra —toda guerra— nada que no sea el desastre más terrible.

Hannah, en su magnífico texto *Vidas políticas*, analizará, con penetración y empatía, las ilusiones de las que se alimentó Rosa durante el torbellino de aquellos acontecimientos, llevada como lo estaba por el surgimiento de la revolución rusa y la mala apreciación de las fuerzas políticas litigantes. Subestimando el poder del adversario y contando sólo con el impulso revolucionario de las masas, convierte a Rosa en la figura más controvertida y la menos comprendida de la izquierda alemana en aquel periodo crucial y doloroso para el socialismo europeo.

Martha sigue atentamente el congreso de los Consejos de Obros y Soldados en el Reichstag, en diciembre de 1918, y el nacimiento del partido comunista alemán. Los hombres del grupo Spartakus van armados y reciben 30 marcos al día. Grupos de marineros, adheridos a Karl Liebknecht, ocupan edificios oficiales. El 21 de diciembre, Liebknecht pronuncia una oración fúnebre por las víctimas de los motines del 6 de diciembre. Fétretos transportados por caminos cubiertos de coronas de flores rojas, obreros, marineros, miles de hombres y mujeres en un cortejo interminable.³⁶ Hannah vivirá con su madre aquellos días trágicos en una atmósfera inflamada. El 5 de enero de 1919, Karl Liebknecht ofrece un discurso en Berlín, en la Alexanderplatz, ante una multitud considerable, reunión en la que es aclamado como chantre de una revolución desde ahora inevitable. Martha se

verá arrastrada por esta oleada de una nueva esperanza mal definida, a la que tan sólo se oponen, según ella, vestigios de una democracia parlamentaria socialista purulenta, reaccionaria y mortífera. En Königsberg, Martha continúa arrastrando a Hannah a los clubes políticos y se la lleva a las manifestaciones de la calle, repitiéndole: «Retiene bien todo esto. Estás viviendo un momento histórico».³⁷

En efecto, Hannah vive unos momentos que quedarán grabados en la historia de Europa. El destino de Alemania permanece en suspenso. Entre la guerra y la paz, entre el Este y el Oeste, entre la utopía de la revolución y la edificación de la República de Weimar. Oleadas de barro contrarrevolucionario. Irresolución de los dirigentes. Durante aquellos días agitados hay cosas esenciales en juego. En Berlín, suenan los disparos. Barricadas, altercados. Es la «semana espartaquista», que termina con sangre. En Königsberg, la situación es más tranquila: no hay incidentes, aunque sí manifestaciones. La guerra ha arruinado a Alemania. ¿Puede la revolución encarnar todavía la esperanza de un nuevo paraíso? A mediados de enero reina en Berlín la paz de los cementerios. Hasta el final, Rosa creará sin embargo en la prosecución y la difusión de la revolución.

Hannah admirará hasta el fin de su vida la capacidad de Rosa para incendiar una pradera y defender, bajo cualquier circunstancia, la necesidad de una libertad absoluta, no tan solo individual, sino pública. No obstante, se mostrará escéptica respecto a su fe inquebrantable en cambiar la naturaleza de la sociedad. ¿Reforma o revolución? Esta pregunta la perseguirá durante toda su vida.

Hannah ve el final de su infancia en ese estallido de violencia acompañado de un replanteamiento intelectual de las normas del pasado y de las reglas morales en vigor. Una batalla que Nietzsche, mediante su crítica a los ideales morales «a golpes de martillo»,³⁸ y Schopenhauer, mediante su pesimismo, ya habían librado antes de la guerra, dinamitando la hipótesis misma de un ideal metafísico. Hecatombe física, desastre moral. Ernst Bloch publica en 1918 su *Espíritu de la utopía*³⁹ apelando a la construcción y a la necesidad de un mundo nuevo. Gershom Scholem escribe un poema, «Saludo del Ángelus», que envía a Walter Benjamin:

[...]
*Mis alas se disponen a abrirse
y doy media vuelta gustoso,
pues si me quedo en el tiempo aún vivo
mi dicha será muy escasa.*⁴⁰

¿Aún es posible pensar en una revolución? La discontinuidad se convierte en un imperativo categórico, la noción de progreso vuela en pedazos y la teoría de la historia como avance perpetuo se derrumba. Desde ahora, la historia tendrá que pensarse como una cohabitación de fragmentos, y el tiempo, como un caos incesante. Franz Rosenzweig escribe, en las trincheras, su *Estrella de la redención*.⁴¹ En la introducción, precisa: «Es de la angustia de la muerte de donde procede todo conocimiento».⁴² La Gran Guerra, una brecha abierta en la vida mental, intelectual y espiritual de toda aquella generación, obliga a una reestructuración filosófica del orden universal. ¿El hundimiento de la revolución hizo posible el auge del nacionalsocialismo? En Berlín, la noche del 15 de enero de 1919, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, tras ser sometidos a un interrogatorio en el cuartel general de la caballería de la guardia, son asesinados en el parque del Tiergarten. El cuerpo de Rosa fue arrojado al Landwehr Kanal. Según la versión oficial, Liebknecht fue abatido mientras intentaba huir y a Rosa la mataron unos desconocidos. Sus asesinos, al término de un simulacro de juicio, no fueron castigados seriamente. En Königsberg, Martha participó junto con su hija en la manifestación silenciosa en memoria de las víctimas del levantamiento de Spartakus, mientras, el 25 de enero de 1919, se celebraban en Berlín las exequias de Liebknecht y de sus treinta y dos compañeros. Rosa, por su parte, ni siquiera tuvo derecho a un funeral. Un poeta por entonces desconocido, Bertolt Brecht, que más tarde se convertiría en amigo de Hannah, le dedicó este poema bajo el título de «Epitafio 1919»:

*Rosa la roja ha desaparecido
su cuerpo descansa en lugar desconocido.
Por contar a los pobres la verdad
los ricos la han hecho ejecutar.*⁴³

El cuerpo de Rosa no se encontró hasta finales del mes de mayo.